

en donde el obispo le confería nuevos privilegios, los de cantar las lecciones, bendecir el pan, catequizar a los niños, exorcizar al demonio, servir a los diáconos, encender y apagar los cirios. Luego, el recuerdo de la ordenación siguiente volvía a la memoria; más solemne, más temible, en medio del mismo canto de los órganos, cuyo fragor parecía el trueno de Dios mismo; aquel día, llevaba a los hombros la dalmática de subdiácono, obligábase para siempre con el voto de castidad y temblaba con todos sus miembros, a pesar de su fe, al oír el terrible *Accedite* del obispo, que ponía en fuga a dos de sus compañeros, palideciendo él por su parte; sus nuevos deberes consistían en servir al sacerdote en el altar, el preparar las vinajeras, el cantar la epístola, el limpiar el cáliz y el llevar la cruz en las procesiones. Y, por último, desfilaba una postrera vez por la capilla, bajo la irradiación del sol de Junio; pero aquella vez, marchaba a la cabeza del cortejo, con el alba atada a la cintura, con la estola cruzada sobre el pecho y la casulla pendiente del cuello; desfallecido con emoción suprema, distinguiendo el pálido rostro del obispo que le transmitía el sacerdocio, mediante una triple imposición de las manos. Después de su juramento de obediencia eclesiástica, sentíase como levantado de las losas, cuando la plena voz del prelado decía la frase latina: *Accipe Spiritum sanctum: quorum remiseras peccata, remittuntur eis, et quorum retineris, retenta sunt.*

---

## XVI

Aquella evocación de las grandes dichas de su juventud había producido una ligera fiebre al padre Mouret. Ya no sentía el frío. Dejó las tenazas y se acercó al lecho como si fuese a acostarse, después volvió apoyar la frente contra un vidrio de la ventana, mirando a la noche, sin ver. ¿Estaba quizás enfermo, cuando experimentaba aquella languidez de miembros, mientras la sangre le abrasaba las venas? En el seminario, en dos ocasiones, había tenido malestares semejantes; una especie de inquietud física que le hacía muy desgraciado; en una ocasión, hasta se metió en cama, con creciente delirio. Después pensó en una joven poseída, que el Hermano Archangias contaba haber curado con una sencilla señal de la cruz, un día en que había caído rígida delante de él. Esto le llevó a pensar en los exorcismos espirituales que uno de sus maestros le había recomendado en otro tiempo: la oración, la confesión general, la frecuente comunión, la elección de un prudente director, que ejerza gran imperio sobre el espíritu de su penitente. Y, sin transición, con una rudeza que le extrañó a sí mismo, columbró en el fondo de su memoria el redondo semblante de uno de sus antiguos amigos, un campesino, niño de coro de diez años, cuya

pensión en el seminario era pagada por una dama que le protegía. Reía siempre y gozaba con ingenuidad de antemano de los pequeños gajes del oficio: los mil doscientos francos de sueldo, el presbiterio en el fondo de su jardín, los regalos, las invitaciones para comer, las menudas utilidades de los casamientos, de los bautizos, de los entierros. Aquel debía considerarse dichoso en su curato.

El melancólico pesar que le producía aquel recuerdo, sorprendió en gran manera al sacerdote. ¿No era feliz él también? Hasta aquel día nada había echado de menos, nada deseado ni envidiado nada. Y hasta en aquel momento se interrogaba y no hallaba en su interior el menor motivo de amargura. Sentíase, a lo que él creía, tal como en los primeros tiempos de su diaconato, cuando la obligación de leer el breviario, a horas determinadas, había ocupado sus días con continua oración. Desde aquella época, las semanas, los meses, los años transcurrían, sin que le embargase un mal pensamiento. La duda no le atormentaba. Al salir del seminario, había tenido la alegría de verse extraño en medio de los demás hombres, de no andar como ellos, de llevar por modo distinto la cabeza, de tener ademanes, frases y modo de ser distintos. Sentíase como afeminado, acercado al ángel, lavado de su sexo y de su olor a hombre. Aquello casi le volvía orgulloso, por no pertenecer a la especie, por haber sido educado por Dios, purgándole cuidadosamente de la inmundicia humana, por medio de una educación celosa. Parecíale todavía haber vivido durante años envuelto en óleo santo, preparado según los ritos, que le habían penetrado en sus carnes como un principio de beatificación. Algunos de sus órganos habían desaparecido, disolviéndose poco a poco; sus miembros, su cerebro, habíanse empobrecido de materia para henchirse de alma, de un aire sutil que le embriagaba a veces con un vértigo, como si la tierra hu-

biese bruscamente faltado bajo sus plantas. Asaltábanle temores, ignorancias, candores de niña enclostrada. Decía a veces sonriendo que continuaba su infancia, imaginándose haberse quedado pequeño, con las mismas sensaciones, las mismas ideas, los mismos juicios; así era que a los seis años conocía a Dios tanto como a los veinticinco, empleaba para rogarle inflexiones de voz semejantes, infantiles alegrías al unir las manos con toda exactitud. El mundo se le figuraba parecido al mundo que veía en otro tiempo, cuando su madre le paseaba cogido de la mano. Había nacido sacerdote y había crecido siéndolo. Cuando daba pruebas, delante de la Teuse, de alguna burda ignorancia de la vida, ella le miraba estupefacta, frente a frente, diciendo con singular sonrisa: "que indudablemente era hermano de la señorita Desseada". En su existencia tan sólo recordaba una agitación vergonzosa. Era durante los últimos seis meses de seminario, entre el diaconato y el sacerdocio. Habíasele mandado leer la obra del padre Craisson, superior del gran seminario de Valencia: *De rebus veneris ad usum confessoriorum*. Salió espantado, sollozando, de aquella lectura. Aquella sabia casuística del vicio, ostentando la abominación del hombre, descendiendo hasta los más monstruosos casos de las pasiones fuera de la naturaleza, violaba brutalmente su virginidad de cuerpo y de alma. Quedaba para siempre manchado como una desposada iniciada, de una a otra, en las violencias del amor. Y volvía fatalmente a aquel vergonzoso cuestionario, cada vez que confesaba. Si las obscuridades del dogma, los deberes del sacerdocio, la muerte de todo libre albedrío, le dejaban sereno, dichoso con no ser sino el hijo de Dios, conservaba a pesar suyo, el sacudimiento casual de aquellas inmundicias que tenía que remover, tenía conciencia de una mancha imborrable, en alguna parte, en el fondo de su sér, que podría un día tomar proporciones y cubrirle de lodo.

Alzabase la luna detrás de los Garrigues. El padre Mouret, a quien la fiebre abrasaba más y más, abrió la ventana y se acodó en el alféizar para recibir en el rostro la frescura de la noche. No sabía con exactitud a qué hora le había sobrecogido aquel malestar. Recordaba, no obstante, que por la mañana, al decir la misa, hallábase muy tranquilo, muy reposado. Debía de haber sido más tarde, tal vez durante su larga caminata al sol, o bajo el estremecimiento de los árboles del Paradou, o en la sofocación del corral de Deseada.

Frontera a él, la vasta llanura se extendía, más trágica bajo la oblicua palidez de la luna. Los olivos, los almendros, los mezquinos árboles, formaban manchas grises, en mitad del caos de las enormes rocas, hasta la sombría línea de las colinas del horizonte. Era aquello como amplios mantos de sombra, aristas deformadas, charcas de sangrienta tierra en donde las rojizas estrellas parecían mirarse, blancuras gredosas semejantes a ropas de mujeres echadas atrás, descubriendo carnes anegadas de tinieblas, adormecidas en las hondonadas de los terrenos. Durante la noche, aquella ardiente campiña adquiriría un extraño encauzamiento de pasión. Dormía, despechugada, derrengada, retorcida, separados los miembros, mientras que fuertes y tibios suspiros se exhalaban de ella, poderosos aromas de sudorosa durmiente. Habríasela tenido por alguna robusta Cibeles caída de espaldas con el seno hacia adelante, con el vientre bajo la luna, saciada con los ardores del sol, soñando siempre en la fecundación. A lo lejos, y a lo largo de aquel gran cuerpo, el padre Mouret seguía con la vista el camino de las Olivettes, estrecha y pálida cinta que se extendía como el flotante lazo de un corsé. Oía al Hermano Archangias levantando las sayas a las muchachas, que azotaba hasta hacerles sangre, escupiendo al rostro de las jóvenes y hediendo él mismo a macho cabrío que no se habría satisfecho jamás. Veía a Rosalía reír con disimulo, con

su aspecto de bestia lúbrica, mientras que el tío Bambousse le arrojaba mogotes de tierra a la espalda. Y aun allí, según se le figuraba, se sentía perfectamente; apenas algo encendida la nuca por la esplendente mañana. Tan sólo sentía un escalofrío en la espalda, aquel confuso murmurio de la vida que se había presentado vagamente desde por la mañana, en medio de la misa, cuando el sol había penetrado por los rotos vidrios. Nunca, como en aquella hora de la noche, la campiña le había llenado de inquietud, con su pecho gigante, sus indolentes sombras, sus fulgores de ambarina piel, toda aquella desnudez de diosa oculta apenas bajo la argentada muselina de la luna.

El joven sacerdote bajó los ojos y miró al pueblo de los Artaud. El pueblo se aplastaba bajo el pesado sueño de fatiga, en el no ser que duermen los labriegos. No se veía ni una luz. Las chozas formaban montones negros, cortados por las blancas rayas de las callejuelas transversales, enfiladas por la luna. Hasta los perros parecía que roncaban en el umbral de las cerradas puertas. ¿Si habrían los Artaud envenenado el presbiterio con algún abominable azote?... A su espalda oía siempre engrosar la bocanada de aire cuya aproximación se ofrecía tan preñada de angustia. Ahora sorprendía como el patear de un rebaño, una nube de polvo que llegaba hasta él, crasa con las emanaciones de una manada de animales. Volvíanle sus pensamientos de por la mañana sobre aquel puñado de hombres que daba de nuevo comienzo a los tiempos, naciendo entre las peladas rocas como un montón de cardos que los vientos hubiesen sembrado; creía asistir al lento nacer de una nueva raza. Cuando era niño, nada le sorprendía ni le aterraba más que aquellas miriadas de insectos que veía surgir de alguna hendidura, cuando levantaba ciertas piedras húmedas. Los Artaud, dormidos, deslomados en el fondo de la obscuridad, le turbaban con su sueño, cuyo aliento sentía en el aire que respiraba.

No habría querido más que peñascos bajo su ventana. El pueblo no estaba bastante muerto; los techos de bálago se inchaban como pechos; las rendijas de las puertas daban paso a suspiros, a ligeros crugidos, a silencios vivientes que revelaban en aquel agujero la existencia de una camada abundante, bajo el negro cunear de la noche. A no dudarlo, tan sólo aquel olor era lo que le producía náuseas. A menudo, sin embargo, lo había respirado tan fuerte, sin experimentar más necesidad que la de refrescarse mediante la oración.

Con las sienes sudorosas, fué a abrir la otra ventana, en busca de aire más fresco. Abajo, a la izquierda, se extendía el camposanto, con la elevada barrera del Solitario, cuya sombra no movía la más ligera brisa. Subía de la dilatada campiña un olor de pradera segada. La gran pared gris de la iglesia, aquella pared cuajada de lagartos; plantada de alelís, se refrescaba bajo la luna, mientras que una de las anchas ventanas relucía, con los vidrios semejantes a planchas de acero. La iglesia adormecida no debía vivir en la hora aquella más que la vida extrahumana del Dios de la hostia, encerrado en el tabernáculo. Pensaba en la amarilla mancha de la mariposa, desvanecida por la obscuridad, con la tentación de bajar, para aliviar su cabeza enferma, en medio de aquellas tinieblas puras de toda mancha. Pero un extraño terror le contuvo; creyó súbitamente, teniendo fijos los ojos en los vidrios alumbrados por la luna, ver iluminarse la iglesia interiormente con resplandor de gran horno, con fulgor de fiesta infernal, en que giraban el mes de Mayo, las plantas, los animales, las jóvenes de los Artaud, que tomaban furiosamente arboles en sus desnudos brazos. Luego, inclinándose hacia abajo, distinguió el corral de Deseada, enteramente negro y despidiendo guano. No veía con claridad las conejeras, las perchas de las gallinas ni las chozas de los patos. Era una masa apilada en la hediondez, durmiendo en el mismo aliento

pestilencial. Bajo la puerta del establo pasaba el agrio olor de la cabra; mientras que el cochinito, revolcado sobre el lomo, bufaba a su sabor, junto a un cuenco vacío. De su gáznate de cobre, el gran gallo Alejandro lanzó un grito, que despertó a lo lejos, uno a uno, los apasionados llamamientos de todos los gallos del pueblo.

Bruscamente el padre Mouret hizo memoria. La fiebre, cuya persecución oía, la había contraído en el corral de Deseada, junto a las gallinas calientes aún de su postura y de las conejas, arrancándose el vello del vientre. La sensación entonces de una respiración dirigida a su cuello fué tan señalada, que se volvió para ver quién se las había con su nuca. Y se acordó de Albina saltando fuera del Paradou, con la puerta que crugía a la aparición de un jardín encantado; recordóla galopando a lo largo de la interminable pared, siguiendo el cabriolé a la carrera y arrojando al viento hojas de abedul como si fuesen besos; volvió a hacer de ella memoria, cuando, a la hora del crepúsculo, se reía de las blasfemias del Hermano Archangias, con las sayas volantes a ras del camino, semejantes a una tenue humareda de polvo arrollada por el viento de la tarde. Tenía Albina dieciséis años; era algo singular, con su semblante un tanto prolongado; olía al aire libre, a la hierba, a la tierra. Y conservaba de ella memoria tan precisa, que recordaba un araño, en una de sus flexibles muñecas, rosado sobre el blanco cutis. ¿Por qué se reía de aquel modo al mirarle con sus ojos azules? Sentíase envuelto en su risa, como en onda sonora que repercutía por doquiera contra su carne; la respiraba y la oía vibrar en él. Sí, todo su mal provenía de aquella risa que había bebido.

De pie en mitad de la habitación, con las dos ventanas abiertas, permaneció tiritando, pasto de un temor que le hacía ocultar la cabeza entre las manos. ¿Había venido a parar todo aquel día a la evocación de una niña rubia de rostro un tanto

prolongado y de ojos azules? Y el día entero entraba por ambas ventanas abiertas. Eran, a lo lejos, el calor de las rojizas tierras, la pasión de los grandes peñascos, de los olivares brotados en las piedras de las viñas retorciendo sus brazos a la orilla de los caminos; eran, más cerca, el sudor humano que el viento traía de los Artaud, los insulsos olores del cementerio, los del incienso de la iglesia, adulterados por las emanaciones de las muchachas de cabellera grasienta; eran también vapores de estercolero, la colada del corral, los sofocantes fermentos de los gérmenes. Y todos aquellos hálitos afluían a la vez, en una misma bocanada de asfixia, tan ruda, hinchiéndose con violencia tal, que quitaba la respiración. El padre Mouret cerraba los sentidos, tratando de aniquilarlos más ante él. Pero Albina reapareció ante él como una gran flor, nacida y embellecida en aquel terreno. Era la flor natural de aquellas inmundicias, dedicada al sol, abriendo el tierno capullo de sus blancos hombros, tan gozosa de vivir, que saltaba de su tallo y volando a posarse en su boca, perfumándola con su prolongada risa.

El sacerdote lanzó un grito; había sentido una picadura en sus labios; era como un ardiente surtidor que había fluído en sus venas. Entonces, buscando un refugio, cayó de rodillas ante la estatuita de la Inmaculada Concepción, gritando con las manos suplicantes:

—¡Santa Virgen de las Vírgenes, rogad por mí!

## XVII

La Inmaculada Concepción, sobre la cómoda de nogal, sonreía tiernamente, por las comisuras de sus delgados labios trazados por una línea de carmín. Era pequeñita y del todo blanca; su grande y y transparente velo, que le caía de la cabeza a los pies, no tenía en el borde sino un imperceptible hilito de oro. Su ropaje dispuesto en largos y rectos dobleces, como en un cuerpo sin sexo, la ceñía al cuello, dejando despejada tan sólo esta flexible parte de su cuerpo. Ni el más pequeño mechón de sus castaños cabellos quedaba al descubierto. Tenía el semblante sonrosado, con claros ojos convertidos al cielo; tenía juntas sus manos de rosa, manos de niña, mostrando las yemas de los dedos bajo los pliegues del manto, sobre la banda azul, que parecía ceñir a su cintura dos extremos flotantes del firmamento. De todas sus seducciones de mujer, ninguna quedaba al descubierto, a no ser los pies, adorablemente desnudos, hollando el rosal místico. Y, sobre la desnudez de sus pies, surgían rosas de oro, como florescencia natural de su carne dos veces pura.

—¡Virgen Santísima, rogad por mí!—repetía con desesperación el sacerdote.

Esta no le había turbado nunca. No era madre aun; sus brazos no le tendían a Jesús, su talle no presentaba las redondas líneas de la fecundidad.

No era la reina del cielo, que descendía coronada de oro, de oro vestida, como una princesa de la tierra, llevada triunfalmente en un vuelo de querubines. Jamás se le había presentado temible, nunca le había hablado con la severidad de una dueña omnipotente, cuya sola vista inclina la frente al polvo. Atreviase a mirarla, a amarla, sin temor de sentirse conmovido ante la suave curva de sus castaños cabellos; no sentía sino enternecimiento a la vista de sus pies desnudos, de sus pies de amor, que florecían como un jardín de castidad, sobrado milagrosamente para que satisficiera su anhelo de llenarlos de caricias. Perfumaba su habitación con su fragancia de lirio. El lirio de plata plantado en un vaso de oro, la pureza preciosa, eterna, impecable. En su blanco velo, tan estrechamente ceñido a su alrededor, no había ya nada de humano, nada más que una llama virgen ardiendo con fuego siempre igual. Por la noche al acostarse, al despertarse por la mañana, hallábala allí, con su misma sonrisa de éxtasis. El dejaba caer sus vestidos delante de ella, sin la menor sujeción, como delante de su propio pudor.

—¡Madre purísima, Madre castísima, Madre siempre virgen, rogad por mí!—balbuceaba temeroso, estrechándose a los pies de la Virgen, como si hubiese oído a su espalda la sonora carrera de Albina.—Vos sois mi refugio, el manantial de mi alegría, el templo de la sabiduría, la torre de marfil en donde he encerrado mi pureza. Entrégome en vuestras manos sin mancha, suplicoos que me toméis, que me cubráis con una punta de vuestro velo, que me ocultéis bajo vuestra inocencia, tras el sagrado muro de vuestro ropaje, para que allí no me alcance ningún soplo carnal. Tengo necesidad de vos, si no me lleváis en vuestros compasivos brazos, lejos de aquí, en medio de la esplendente blancura que vos habitáis. María concebida sin pecado, anonadada en el fondo de la inmaculada nieve que se desprende de cada uno de vues-

tros miembros. Vos sois el prodigio de eterna castidad. Vuestra raza ha nacido sobre un rayo de luz, como árbol maravilloso que no plantó germen alguno. Vuestro hijo Jesús nació del soplo de Dios, vos misma nacisteis sin que el vientre de vuestra madre fuese mancillado, y quiero creer que esta virginidad se remonta por tal modo, de edad, en edad, en ignorancia sin fin de la carne. ¡Oh, vivir, crecer, apartado de la vergüenza de los sentidos! ¡Oh, multiplicarse, dar a luz sin la abominable necesidad del sexo, con la sola aproximación de un beso celestial!

Este llamamiento desesperado, este purificado grito de deseo, había tranquilizado al joven sacerdote. La Virgen, por entero blanca y con los ojos convertidos al cielo, parecía sonreír más dulcemente con sus delgados y sonrosados labios. Y el sacerdote repuso con enternecido acento:

—Querría ser niño aún, querría ser por siempre un niño que caminase a la sombra de vuestros vestidos. Era muy pequeño, y ya unía mis manos para pronunciar el nombre de María. Era blanca mi cuna, blanco mi cuerpo, y blancos todos mis pensamientos también. Veíais distintamente, oía que me llamábais, que iba a vos en una sonrisa, sobre rosas deshojadas. Y nada más, yo no sentía, no pensaba, vivía tan sólo lo preciso para ser una flor a vuestras plantas. No se debería crecer, para no tener en torno vuestro sino rubias cabezas, una multitud de niños que os amarían, con las manos puras, sanos los labios, tiernos los miembros, sin una impureza, como al salir de un baño de leche. En la mejilla de un niño se besa su alma. Tan sólo un niño puede pronunciar vuestro nombre sin mancillarlo. Más tarde la boca se menoscaba, envenena las pasiones. Yo mismo, que tanto os amo, que me he dado a vos, no soy osado a llamaros a todas horas, huyendo de que os encontréis con mis impurezas de hombre. He orado, he reformado mi carne, he dormido bajo vuestra guarda,

he vivido casto; y lloro al ver hoy que todavía no me siento bastante muerto para este mundo para erigirme en vuestro prometido. ¡Oh, María, Virgen adorable! ¿por qué no tengo todavía cinco años; por qué no he permanecido siendo el niño que unía sus labios a vuestras imágenes? Os pondría sobre mi corazón, os acostaría a mi lado, os abrazaría como a una amiga, como a una niña de mi edad. Tendría vuestro ceñido ropaje, vuestro velo infantil, vuestra celeste banda, toda esa infancia que de vos hace una hermana mayor. No trataría de besar vuestros cabellos, puesto que la cabellera es una desnudez que no puede verse, pero besaría vuestros pies desnudos, el uno tras del otro, durante noches enteras, hasta haber deshojado con mis labios las rosas místicas de vuestras venas.

Y se detuvo, en espera de que la Virgen bajase sus azules ojos y le rozase la frente con el festón de su velo. La Virgen permanecía en la muselina hasta el cuello, hasta las uñas, hasta los tobillos, toda del cielo, con aquel ímpetu que la dejaba endeble y delicada, como separada ya de la tierra.

—Pues bien—continuaba con mayor locura,—haced que vuelva a ser niño, Virgen buena, Virgen poderosa; hacer que tenga cinco años. Quedaos con mis sentidos, con mi virilidad; que un milagro se lleve cuanto de hombre ha crecido conmigo. Vos reináis en el cielo, nada os es tan fácil como aniquilarme, como anular mis órganos, como dejarme sin sexo, incapaz para el mal, tan despojado de toda fuerza, que ni tan siquiera pueda alzar al cielo mi dedo meñique sin vuestro consentimiento. Quiero ser cándido, con la candidez que es la vuestra, que ni el menor estremecimiento humano podría turbar. Ya no quiero sentir ni mis nervios, ni mis músculos, ni los latidos de mi corazón, ni el trabajo de mis deseos. Quiero ser una cosa, una piedra blanca a vuestros pies, a la cual sólo dejaréis vuestro perfume, una piedra que no se moverá del sitio a donde la habréis arrojado, sin oídos, sin ojos,

satisfecha de encontrarse bajo vuestros pies, sin tener que pensar en inmundicias con las otras piedras del camino. ¡Oh, qué bienaventuranza entonces! Alcanzaré sin esfuerzo, de primera intención, la perfección que sueño y me proclamaré vuestro verdadero sacerdote; seré lo que mis estudios, mis oraciones, mis cinco años de lenta iniciación, no han podido hacer de mí. Sí, yo niego la vida, yo digo que el aniquilamiento de la especie es preferible a la continua abominación que la propaga. La falta lo mancha todo; es una hediondez universal que menoscaba el amor, que envenena la estancia de los esposos, la cuna del recién nacido, y hasta las flores desfallecidas bajo el sol, hasta los árboles que dejan brotar sus yemas. Báñase la tierra en tal impureza, de cuyas menores gotas surgen vergonzosas vegetaciones. Mas para que yo sea perfecto ¡oh, Reina de los ángeles, Reina de las Vírgenes! escuchad mi lamento, concededme lo que os pido. Haced que yo sea uno de esos ángeles que tan sólo tienen dos grandes alas tras de sus mejillas; ya no tendría cuerpo, ni miembros; volaré a vos, si vos me llamáis; no seré más que una boca para contar vuestras alabanzas, que un par de alas sin mancha que mecerán vuestros viajes en los cielos. ¡Oh! ¡la muerte, la muerte, Virgen venerable, dadme la muerte de todo! Os amaré en la muerte de mi cuerpo, en la muerte de lo que vive, de lo que se multiplica... Consumaré con vos el único matrimonio que ansía mi corazón. Subiré más, cada vez más, hasta que haya alcanzado el lumínar en que resplandecéis. Vese allí un gran astro, una inmensa rosa blanca, cada una de cuyas hojas brilla como una luna, un trono de plata, en donde vos fulguráis con resplandor tal de inocencia, que el paraíso entero queda iluminado con la sola luz de vuestro manto. Todo cuanto allí hay de blanco, las auroras, las nieves de las inaccesibles cumbres, el lirio apenas entreabierto, el agua de los ignorados manantiales, la savia de las plan-

tas respetadas por el sol, las sonrisas de las vírgenes, las almas de los niños muertos en la cuna... Todo llueve sobre vuestros blancos pies. Entonces subiré a vuestros labios, como llama sutil; entraré en vos por vuestra entreabierta boca y las bodas se efectuarán, en tanto que los arcángeles se estremerán con vuestra alegría. Ser virgen, amarse virgen, conservar en medio de los besos más dulces su blancura virginal. Poseer todo el amor, recostado sobre alas de cisne, en nube de pureza, en los brazos de una amada de luz, cuyas caricias son goces del alma! Perfección, ensueño sobrehumano, deseos que hacen crujir mis huesos, delicias que me asientan en el cielo!... ¡Oh, María, Vaso de elección, castrad en mí la humanidad, hacedme eunuco entre los hombres, a fin de entregarme sin miedo el tesoro de vuestra virginidad!

Y el padre Mouret, castañeteando los dientes, abatido por la fiebre, cayó desvanecido sobre el pavimento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, N.

## LIBRO SEGUNDO

## I

Delante de las dos anchas ventanas, las cortinas de indiana, cuidadosamente corridas, iluminaban la habitación con la blancura del amanecer. Era alta de techo, muy vasta, amueblada con antiguo estilo Luis XV, con las maderas pintadas de blanco y con flores coloradas sobre montones de hojarasca. En los entrepaños, encima de las puertas, a ambos lados de la alcoba, había pinturas que dejaban ver aun los vientres y los sonrosados traseros de los amorcillos volando a bandadas y jugando a juegos que ya no se podían distinguir; mientras que los enmaderados de las paredes, simulando tableros ovalados, las puertas de doble hoja, el redondeado techo, en otro tiempo de fondo azul celeste en encuadramientos de cartón, de medallones, de lazos de cinta de color claro, se desvanecían en un gris suave, un gris que conservaba la ternura de aquel paraíso marchito. En frente de las ventanas, la grande alcoba, abriéndose bajo enrolladas nubes, que amorcillos de yeso separaban,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO